

CUENTIEMBRE- LA CONFESIÓN

Joaquin GeDe



Image not found.

Capítulo 1

- Buenas padre, he venido a confesarme.
- ¡Cómo que buenas! ¡Dirás avemariapurísima!
- Eso quería decir. Padre soy un canalla.
- Ya lo creo- contesté.
- Si usted supiera... no se imagina lo canalla que soy.
- Me lo imagino.

Se quedó mirando detrás de la celosía del confesionario con cara de asombro pensando que le seguía la corriente. Me miró de soslayo.

- Soy un miserable, un ser despreciable.- decía apesadumbrado.
- Está bien, las dos te cuadran bien.

Ahora echó la cabeza hacia atrás asombrado, desconfiando si mi comprensión era templanza o sarcasmo.

- Sí, sí, lo reconozco todo cuanto me diga, pero déjeme que le cuente.- Sacó un pañuelo y se sonó la nariz.
- Prosigue, cuéntame lo vil que eres. Que sepas que el señor te agradece que abras tu alma y te muestres tal cual eres.

Se guardó el pañuelo y se esnifó dos pellizcos de rapé que le saltaron las lágrimas.

- La botella me puede y cada vez que llego a casa la tomo con ella. Será mi perdición.
- Ya te lo advertí. ¡Déjala, que el diablo adopta la forma más inesperada! Y tú ni caso, infame.
- Lo sé, lo sé... es irresistible. Llegado el momento me ciego y no respondo de mis actos. Me desahogo con ella.
- Te faltan cojones, porque tú no eres un hombre, eres un mamonazo, un desgraciado sin voluntad y un cobarde. Tomarla con ella. No te pateo la crisma porque estoy dentro de este garito sagrado, si no ya verías. ¡Canalla! ¡Bastardo! ¡Cerdo!

Afligido, se tapó la cara con las manos, avergonzado, con la respiración agitada rompió en un sollozo.

- Además eres un cantamañanas, un inútil, un bellaco.
- ¿Y también un botarate, verdad?- Añadió sonándose de nuevo con el pañuelo.
- No, un bellaco.
- ¿Quizá un psicópata enfermizo?

-¡Nada de eso! Un puro y simple bellaco.

-Bueno padre, podría perdonarme. Al fin y al cabo soy un mortal pecador y debería apiadarse.

-¡Ni lo sueñes!

-Y mi arrepentimiento y la imposición de una penitencia podríamos saldar cuentas...- me insinuó.

-He dicho que no.

-La he traído conmigo...

¡Que la has traído aquí! ¡No tienes perdón, sinvergüenza!

Está aún fresca y también he traído dos vasos... Si quiere usted, en vez de tomarla con ella, la tomo con usted.

-En tal caso vamos a revisar tus pecados con calma, que no te tiemble el pulso ante la verdad y escancia que no se derrame ni una gota.

-Amén.- y descorchó con la boca.

-Padre hay una fila esperando, se le acumula el trabajo.

-Que esperen. Antes tengo que recoger esta oveja descarriada.